

Uruguay

Sobreviviendo en el placard

[**Leyenda de la foto:**] Pocos conocían la historia de su supervivencia en la época del nacionalsocialismo: Charlotte de Grünberg

Durante la Shoah, Charlotte de Grünberg no podía asistir a la escuela. Hoy dirige una universidad judía

Por Victoria Eglau, 19/05/2019

“Esta soy yo, a unos días de partir de Bélgica hacia Francia. Mi padre nos hizo tomar la foto – era una foto de despedida; una despedida de la vida que habíamos vivido hasta entonces”. En su apartamento en la capital uruguaya, Montevideo, Charlotte de Grünberg, de 86 años, señala una fotografía del año 1941: muestra a sus padres Léon y Blima, a su hermano mayor Raymond y a sí misma, una niña rubia de ocho años con una cinta en el cabello.

La familia Strawczynski, el apellido de soltera de Charlotte, vivía entonces en Lüttich, Bélgica. Los padres de Charlotte eran judíos polacos; ella y su hermano nacieron en Bélgica.

Su padre Léon era fabricante textil, la familia llevaba en Lüttich una vida tranquila y acomodada. Pero en el otoño de 1941, frente a la creciente amenaza y la exclusión de la población judía bajo la ocupación alemana, Léon Strawczynski y su esposa decidieron que era demasiado peligroso permanecer en Bélgica.

REGISTRO “Todo comenzó con el censo de los judíos. Mi padre decidió no registrarnos, pero a mediados de 1941 nuestros pasaportes fueron sellados con la palabra “judío”. La estrella de David solamente la llevamos unos días, entonces mi padre nos encomendó quitarlas. Un tiempo después se nos prohibió a mí y a mi hermano ir a las mismas escuelas que los otros niños. Perdí a casi todos mis amigos. Esto fue muy denigrante y doloroso para mí”.

Charlotte de Grünberg compartió estos recuerdos con el escritor Ruperto Long, quien publicara en 2016 un libro sobre ella: *La niña que miraba los trenes partir*.

De Grünberg es conocida en el mundo académico de Uruguay: desde los años 80, la mujer delgada y elegante es la directora general de una representación de la institución educativa judía ORT, que opera a nivel mundial, y es la mayor universidad privada del país. Pero la historia de su supervivencia durante la época del nacionalsocialismo era conocida por pocos, hasta que se publicó el libro.

HUIDA La amenaza de deportación del padre para el “servicio de trabajo” fue determinante para la huida de la familia Strawczynski de Bélgica en el otoño de 1941. Léon consiguió documentos falsos y una mañana de noviembre la familia

partió bajo el apellido “Wins” rumbo a Francia. Su destino era la así llamada zona libre en el sur, que en aquel momento no se encontraba ocupada por las tropas de la Alemania nazi. Aún no se imaginaban todo lo que tenían por delante.

“En el momento en que subimos al tren en Lüttich, no perdimos únicamente nuestra vida normal y nuestros amigos, sino también nuestra identidad”, dice Charlotte pensando en retrospectiva.

“En Francia, nuestra familia estaba completamente desprotegida. Nos escondíamos en ciudades grandes y pueblos pequeños, siempre intentando ser invisibles”.

La parte no ocupada de Francia no ofrecía a la familia la seguridad que esperaban. También bajo el régimen de Vichy, que colaboraba con los nacionalsocialistas, los judíos temían los arrestos y las deportaciones.

| Hasta 1941, la familia llevaba en Lüttich una vida tranquila y acomodada.

En noviembre de 1942, también el sur de Francia fue ocupado por los alemanes. Charlotte de Grünberg, su hermano y sus padres vivían en condiciones miserables en una pensión privada en Lyon.

Los hermanos dormían en un gran placard, donde también debían permanecer la mayor parte del día, sin juguetes y sin libros. Cuando había amenazas de razias por parte de la Gestapo o la policía francesa, la familia abandonaba la pensión precipitadamente. Más de una vez, la pequeña Charlotte se escondió entre los basurales de un callejón.

Durante estos meses angustiantes, la muchacha solo tuvo unos pocos instantes de libertad: corría hacia la periferia de la ciudad, se sentaba en una colina y miraba los trenes que salían de Lyon.

Un día, Charlotte hizo un descubrimiento escalofriante, Ruperto Long lo refleja en su libro: “Durante la puesta de sol me llamó la atención un tren viejo con vagones para ganado, que iba muy despacio. De repente noté brazos y manos entre las tablas de madera de los vagones. ¡Nunca olvidaré esa imagen! ¿Quiénes eran esos infelices que se transportaban en esos vagones?”

TRAFICANTES Cuando los padres de Charlotte supieron que los judíos de Lyon eran deportados hacia el este, la familia comenzó a planificar la huida a Suiza que permanecía neutral. Pero cayeron en las manos de traficantes de personas, que no tenían escrúpulos. Hasta el día de hoy Charlotte de Grünberg está indignada:

“En algún lugar de los Alpes nos abandonaron, lejos de la frontera suiza. Eran personas horribles, como siguen existiendo hasta el día de hoy: los traficantes

de personas en el mediterráneo mienten, engañan y roban a los refugiados – igual que a nosotros en aquel entonces”.

Los traficantes no solamente abandonaron a la familia de Charlotte y otros catorce refugiados judíos lejos de la frontera, sino que además lo hicieron en una zona controlada por la SS y la Gestapo.

En esa situación desesperante un sacerdote católico acudió en ayuda del grupo. “Nos escondió durante varios días en un granero y nos daba de comer. Esa fue una experiencia maravillosa para mí”, cuenta Charlotte, aún hoy muy agradecida. “Fue la primera vez, desde hacía mucho tiempo, que sentía estar frente a una persona con humanidad. Ese sacerdote arriesgó su vida y nunca supe si sobrevivió”.

ODISEA Después de la Segunda Guerra Mundial, Charlotte buscó al sacerdote valiente, cuyo apellido desconocía, pero no logró localizarlo. 76 años después de los acontecimientos, un sacerdote uruguayo leyó el libro sobre la odisea de la familia de Charlotte y contactó a la directora de la universidad. La invitó a su parroquia en Montevideo, donde Charlotte contó en octubre de 2018 la dramática historia de su supervivencia y homenajeó con palabras emotivas al sacerdote francés quien la había escondido a ella y a otros judíos de los nazis.

“Ese sacerdote tenía mucho coraje, sin lugar a dudas, pero por sobre todas las cosas, tenía responsabilidad ética, una característica no muy difundida, sobre todo en aquellos tiempos. Todos ustedes pueden tener mucho orgullo de su solidaridad humana”.

El calvario de Charlotte de Grünberg aún no había terminado. Después de un intento de huida a Suiza fracasado, en octubre de 1942, siguieron algunos meses más en Lyon, en los que el padre fue capturado transitoriamente por tropas italianas. Luego, la familia se escondió en Grenoble y, finalmente, cuando vivir allí se volvió demasiado peligroso, se escondió en un pueblo en las montañas Chartreuse. En 1944, apenas logró pasar desapercibida en una razia.

Otra familia judía, que se ocultaba en la misma casa, tuvo menos suerte. La Gestapo se llevó al matrimonio, sus dos hijos y una hija. Aline había sido la única amiga que Charlotte había encontrado durante su odisea solitaria a través de la ocupada Francia.

“Pasábamos infinitas horas juntas; conversábamos, e inventábamos juegos. Yo estaba muy feliz de tener una amiga después de tanto tiempo”, cita Ruperto Long a Charlotte en su libro.

| En Montevideo conoció a su cónyuge durante una visita, y se quedó.

A fines de agosto de 1944, poco tiempo después de la enorme pérdida que significó la deportación de Aline para la muchacha, llegaron buenas noticias a

Saint-Pierre-de-Chartreuse, el pueblo que daba refugio a la familia Strawczynski:

Los aliados habían liberado París. Charlotte tenía casi 12 años y comprendía de a poco que habían sobrevivido a la Shoah. No obstante, en París para donde la familia se fue en 1944, la madre de Charlotte, Blima, supo que sus padres, hermanos y otros parientes en Polonia habían sido asesinados en los campos de exterminio.

“Era el horror después del horror. ¡Imposible poner esa aflicción en palabras! Mi madre no podía dormir ni comer. Su familia entera y su vida anterior habían sido extinguidas por completo”.

Entre las víctimas se encontraba el hermano menor de Blima, Alter, quien era el tío favorito de Charlotte. Alter había estudiado ingeniería en Bélgica antes de la guerra y visitaba con frecuencia a la familia de su hermana y sus hijos Raymond y Charlotte.

En el apartamento de Charlotte de Grünberg en Montevideo, uno de los cuadros con fotos en blanco y negro, muestra su tío alto y buenmozo.

A fines de 1938, después de la Noche de los Cristales Rotos, frente a los rumores ya existentes de que se planeaba un ataque a Polonia, el estudiante de ingeniería decidió volver a su ciudad natal Konskie. Alter no quería dejar solos a sus padres, que eran judíos religiosos, en esa situación cada vez más amenazante. A fines de 1942, lo asesinaron los ocupantes nazis en el ghetto de Konskie.

PERTENENCIA Para Charlotte, una de las memorias más impresionantes de los días del fin de la guerra fue una misa organizada por las fuerzas armadas americanas en la Grande Synagogue de Paris.

“La sinagoga estaba llena de sobrevivientes que sabían que una parte de su familia ya no existía. Las personas allí reunidas estaban casi muertas. Pero en ese lugar y en ese momento renovamos nuestra conexión con el judaísmo, un judaísmo humano”, relata de Grünberg conmovida.

Su voz se quiebra cuando continúa con la voz casi inaudible: “ese día me dije a mí misma: pase lo que pase tengo una identidad; la única: soy judía.”

A comienzos de 1945, Charlotte de Grünberg volvió a Bélgica, continuó sus estudios e intentó reconectarse con su vida anterior. Cuando su familia visitó a unos parientes en Uruguay unos años más tarde, conoció a quien sería su cónyuge hasta el día de hoy: un médico judío nacido en Uruguay. Gracias a él comenzó una nueva vida en Sudamérica y también sus padres se quedaron en Uruguay, cerca de su hija. “Mis padres eran fantásticos” recuerda Charlotte con una sonrisa. “Por sobre todas las cosas nos enseñaron a no odiar jamás. Creo que aprendí esa lección”.